



El mito de la invencibilidad en el Azteca

Cursaba tercero de primaria cuando supe de un partido eliminatorio para ir a un Mundial. Era 1965. Vi el juego en blanco y negro. México le ganó 1-0 a Costa Rica con cabezazo del *Teto* Cisneros y calificó para la Copa de Inglaterra. En mis libros de texto gratuito éramos una república de 29 estados, dos territorios, un Distrito Federal y 35 millones de habitantes, siete de los cuales eran capitalinos. No existían los chilangos.

En 1973 estaba en la prepa y no le quedaba mucho de idílico a nuestro país. Todo se había deformado, como la selección, atrozmente eliminada en el premundial de Haití por unos trinitarios con apellidos de piratas. Nuestro portero era Brambila. Todo, salvo nuestra fea selección, corría a lo loco en un México que se hacía muy feo.

En 1981 seguía el fútbol con filtro ideológico. No me gustó que apaleáramos a los dignos

cubanos en el primer juego del premundial de Honduras, pero menos que perdiéramos contra el equipo del genocida ejército salvadoreño, al que el Frente Farabundo Martí combatía con un heroísmo jamás mostrado por nuestros *Manzos*, *Wendys*, *Hugos*. La eliminación, claro, fue culpa del corrupto, mediocre, arcaico PRI.

Hoy iré al Azteca por el puro gusto de mirar el verde de la cancha. Porque todavía amo el olor a sudor, meados y cerveza del estadio. A las tres de la tarde, además, encarnaré uno de los últimos mitos exitosos que le quedan al país: la invencibilidad en el Azteca.

Los gringos, que no existieron en el 65, 73 ni 81 son ahora la ley del revólver, *sheriffes* del entrañable Obama. Ah, y nosotros somos unos 110 millones de mexicanos. Y unos 20 millones en este valle de chilangos y ¿mexiquenses? Gentilicio que tampoco existía cuando Cisneros anotó aquel gol. ■ M

gomezleyva@milenio.com

